



Comentarios. ("El Día", Madrid, 18 enero 1918).

COMENTARIO

El nuevo oficio de concejal empieza a rendirnos sus frutos de conocimiento. Hemos asistido a reuniones con panaderos y harineros y visto la disparatadísima legislación de subsistencias y los absurdos de unas tasas que es el Gobierno el primer interesado en no respetar.

Tenemos la gradación de panaderos, trigueros y harineros.

Se nos apareció toda una tropa de panaderos, no de obreros de panadería, sino de dueños de ellas. ¿Patrones? Muchos de esos a quienes se llama patronos no son más que jornaleros por su cuenta. Hay patroncillo de esos que es tan proletario o más que aquel a quien tiene, si le tiene, a jornal. En cuanto un carpinterillo o un albañillete reúne unos miles de pesetas, no muchos, se declara maestro de obra. Y cuando en una ciudad como esta en que vivimos, de escasa mente 30.000 almas, bastaba con un par de panaderías, hay más de una **veintena** que la sirven. Y quien trabaja un saco al día.

Con que la guerra nos trajese la desaparición de todos esos miserables jornaleros por cuenta propia, la concentración de las industrias y la consiguiente formación de una burguesía—que en el centro de España no la hay—, bastante beneficio nos había hecho. Porque esto es un régimen medioeval.

Vinieron luego los harineros, cuyo negocio depende del precio a que les venden el trigo los trigueros. ¿Y la tasa? La tasa no rige. La Intendencia militar, sin duda en virtud de fuero—no olvidemos que estamos bajo un régimen pretoriano—, ha comprado trigo a precio muy superior al de la tasa.

¿Y los trigueros?

Se habla de acaparadores y logreros; pero hay que decir que los verdaderos acaparadores, que los verdaderos logreros son los grandes propietarios, los terratenientes, más o menos latifundiosos. Ya cambian el trigo por algarobas o por cebada, que vale más. Y se da trigo, el trigo cuyo **precio se tasa, de pienso** al ganado. Los cerdos se comerán parte del trigo que debían comerse los hombres, sin que por esto los hombres que no coman ese trigo puedan comerse los cerdos que se lo comieron. Y esos propietarios—duques, marqueses, condes, senadores, ex ministros muchos—no sabemos lo que dirán. Pero todo este conflicto pondrá más en claro la verdadera ley económica-social del centro de España, que tantas veces hemos denunciado en nuestras campañas agrarias.

El Sultán pegaba al árabe, el árabe al moro, el moro al judío, y el judío, no teniendo a quien pegar, pegaba al burro. Hasta que un día el

burro le dio una coz al judío, y entonces éste se volvió contra el moro, el moro contra el árabe y acabó en que el árabe pegó al Sultán. Y los sultanes aquí son los grandes terratenientes, **más** o menos latifundiosos, que es a los que hay que pegar. Y toda incautación será inútil mientras no llegue el Estado a incautarse, de un modo o de otro, de esas tierras o a **hacer** que grave sobre ellas lo más del impuesto. Los enemigos del bienestar, de la salud y hasta de la paz pública son los grandes terratenientes. Y casi todos ellos, hombres de orden y de la derecha, son anarquistas. Los grandes propietarios de tierra son los enemigos del pueblo.

Y son estos enemigos del pueblo, estos antes insociales, los que han solido hacer las elecciones y las leyes. Y son los que las harán. Hay que considerar lo que es ese vergonzosísimo baldón de ignominia que se llama pueblos de señorío, que quiere decir lo mismo que pueblos de servidumbre.

¡Panaderos, harineros, trigueros, terratenientes!... Queda otro término: la autoridad gubernativa. Y ésta suele estar al servicio de los más fuertes, de los sultanes. El gobernador civil de esta provincia—cuando al llegar oímos decir que era un gobernador «muy político» torcimos ya el gesto—ha desplegado todo género de habilidades leguleyescas y gubernatoriles para servir los intereses de los poderosos y para echar a otros el muelle de conflictos que podrían ocurrir. No sabemos si con vista o no a las elecciones próximas. No sabemos si por instrucciones reservadas del Gobierno.

Porque este Gobierno interino y heteróclito, este pisto, y no manchego, ha recurrido a las peores tretas de aquel lamentable Gobierno Sánchez-Dato de tristísima recordación. Las mismas artes de mentira y de ley del embudo. Lo de los sargentos quedará como una de las resoluciones de Gobierno más despóticas y a la vez tiránicas. Y lo más triste el **tímulo** de mentiras con que se ha querido disculpar, ya que no justificar, esa bárbara medida dictada por una burguesía militar—como la ha calificado muy bien Oscar Pérez Solís—facciosa y en guerra—la única de que parece capaz—contra el sentido de la justicia distributiva, de la equidad. Y no nos extrañaría que esta burguesía pretoriana se pusiera al servicio de los sultanes.

Y a nadie extrañe que mezclemos lo de los sargentos y los oficiales con lo de los panaderos, harineros, trigueros y terratenientes. Todo se relaciona con todo. Y ahora esos dos problemas están íntimamente ligados. ¿O es que el llamado problema militar no es ante todo y sobre todo un problema económico? ¿O es que si el Estado, cumpliendo con su de-

ber, se incautara, de un modo o de otro, de las tierras o de sus frutos, así como de los ferrocarriles y las minas, habría de seguir siendo el Ejército lo que es? A pesar de su aparente—aparente, nada más—sindicalismo, el Ejército en que sueña la oficialidad de las Juntas de Defensa, ese Ejército que no sería nunca pueblo, sino turba mejor o peor organizada y disciplinada—la organización y la disciplina no convierten a la turba en pueblo—, ese Ejército sería el mayor enemigo de un pueblo en que la justicia social reinase, ese Ejército sería el apoyo mayor de todo género de sultanes.

La Intendencia militar, en obsequio de trigueros y terratenientes, compra el trigo, contraviniendo a la ley, más caro que lo tasado y para que coma la tropa. Pero la tropa no es el pueblo. Y cuando el pueblo no pueda comer el trigo que come la tropa y que comen los cerdos y no pueda tampoco comerse a éstos, **se rebelará**. Y entonces los renovadores podrán decir que esta rebelión es revolucionaria y la tratarán por el hierro. Acaso se les ocurra decir que es para llevar a España a la otra guerra. Pues bien, en guerra está. ¡Y a mala hambre, hierro en el estómago!

Lamentábase, Señor, de que los ferroviarios despedidos por la homicida Compañía del Norte no fuesen funcionarios públicos para hacer en su favor todas las gestiones que le fuesen «humanamente» posibles. Todos los ciudadanos somos funcionarios públicos. La ciudadanía es función pública.

En los tiempos que corren, Señor, **si un Rey quiere prolongar algo su reinado** tiene que ser republicano. Y no hay ya otro modo de ser republicano que hacerse socialista. Pero socialista de pueblo y no de ejército. Hay que guardarse mucho de un pseudosocialismo troglodítico, que es apoyo de los sultanatos.

A los españoles, Señor, o los matan impunemente por esos mares o están abocados a morir de hambre porque los cerdos—toda clase de cerdos—se coman su trigo. A grandes males, grandes remedios.

Y esos, Señor, que le rodean de mentiras y en ellas le envuelven no gobiernan sino con mentiras. Son una Junta de Defensa de la más cobarde, de la más baja, de la más tope política que cabe: de la política del miedo.

Miguel de Unamuno.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS USALES